



LA GUERRA CIVIL Y LOS BOMBARDEOS

Manel Pérez Franco

En 1935 conseguí plaza de interno en la antigua colonia Puig, detrás del Tibidabo, que acogía a niños con problemas de nutrición, y era gestionada por el Ayuntamiento de Barcelona. Estuve un año y medio y cuando salí, fortalecido por el clima y la alimentación, se intensificaron las ofensivas de la guerra y los bombardeos.

En la colonia salíamos de excursión al bosque y, a veces, a la cumbre del Tibidabo, y desde allí se podían ver los bombardeos a Barcelona y las evoluciones de los cazas republicanos. Curiosamente, más que temor, sentíamos una curiosidad morbosa, aunque, como niños que éramos, no llegábamos a entender bien los motivos de la guerra y sus consecuencias. La Colonia Puig, de la que conservo un gran recuerdo, hace unos años era un Centro de Rehabilitación de Drogadictos.

De regreso a mi domicilio, a finales de 1936, fui a una escuela de la calle Vilà y Vilà. Más adelante, a otra escuela de la calle Cadena, en el Raval, y finalmente a la Escuela del Bosque de Montjuïc.

Mis padres, una hermana mayor que yo, y un hermano menor que falleció de difteria a los 7 años, vivíamos en la calle Palaudarias, en el Pueblo Seco, en una casa y terreno propiedad de FECSA (Fuerzas Eléctricas de Catalunya, S.A.), conocida por las tres chimeneas de la central térmica y que hoy todavía siguen en pie. Mi madre era modista y mi padre fundidor y, como todo el mundo, pasábamos las privaciones propias de la escasez y del racionamiento de los víveres, provocados por la guerra.

Sufríamos además frecuentes bombardeos, debido a la proximidad del puerto. Por este motivo, FECSA había construido un refugio cercano para sus empleados y los habitantes de nuestra finca que, como he dicho con anterioridad, estaba ubicada en terreno de su propiedad. Lo gracioso del caso, si no fuera por lo dramático de la situación, es que, al sonar la alarma, a pesar de la prohibición de FECSA de no dejar pasar a nadie más, acudían desde el otro lado del Paralelo, del Barrio Chino, maleantes, prostitutas y gitanos a los que, por humanidad, se les permitía entrar en el refugio.

Recuerdo cierta ocasión que una bomba destruyó una casa de dos pisos situada frente al refugio. No hubo víctimas, sólo el enorme estruendo y la conmoción producida por la onda expansiva, así como la profunda emoción y disgusto de las familias que estaban en el refugio y vieron su casa destruida.



LA ESCUELA DEL BOSQUE DE MONTJUÏC (1938-39)

Tal vez sea esta escuela la que ha dejado una huella más profunda en mi memoria. Para acceder a ella utilizaba el funicular, que todavía existe, y que estaba cerca de casa, en el Paralelo.

En la clase, cuando sonaba la alarma, nos hacían salir rápido pero ordenadamente y, campo a través, nos dirigíamos a un refugio antiaéreo situado en la base del Teatro Griego, al que acudía sobre todo gente de la parte alta del Pueblo Seco y de sus alrededores. En muchas ocasiones, debido a la distancia, antes de llegar al refugio, asustados por el estruendo de las baterías del Castillo de Montjuïc, cuyos proyectiles pasaban por encima de nuestras cabezas, no nos quedaba más remedio que agazaparnos en el bosque y esperar a que pasara la alarma.

Otro hecho más positivo es el recuerdo de una vecina de mi escalera, la señora Clara, que tenía una barraca de madera y un pequeño terreno en la falda de Montjuïc, entre el Funicular y la Escuela del Bosque. Vivía con su marido, el señor Juan, jubilado, en el entresuelo de la finca. En cierta ocasión, solicitó a mi madre que yo les ayudara a trasladar ciertos enseres a la barraca. Un sábado por la tarde hicimos el traslado cogiendo el funicular y de esta manera aprendí el camino a la barraca, que estaba cerca del funicular. Me obsequió con una espléndida merienda y, desde entonces, a menudo, al salir de la escuela, pasaba por la barraca y le hacía un rato de compañía, a sabiendas de que tenía la merienda asegurada: un vaso de leche en polvo o un trozo de pan con aceite, o unas galletas.

Teniendo en cuenta el hambre que entonces se pasaba, nunca agradeceré bastante la bondad de esta señora, que Dios tenga en su gloria.

Por lo que respecta a la escuela, me acuerdo de la pulcritud de las clases, de sus profesores y también de su director, el señor Perich, una bellísima persona.

LA ENTRADA DE LAS TROPAS NACIONALES Y LA POSGUERRA

Sucedió en los primeros días de la entrada de las tropas nacionales en Barcelona. Nos habíamos quedado sin agua, a causa de la rotura de unas tuberías y mi padre y yo, con dos garrafas pequeñas, salimos de casa en dirección a una fuente situada en el Paseo de Montjuïc.

La calle Palaudarías, donde vivíamos, ascendía desde la calle Vilà y Vilà en cuesta arriba hasta el Paseo y seguía cuesta arriba hasta una bifurcación que



conducía al Castillo de Montjuïc. Mi padre iba unos metros por delante y, al llegar al principio de la cuesta, nos sorprendieron unos disparos de fusil, pasando por encima de nuestras cabezas. Por suerte, no llegaron a alcanzarnos. Retrocedimos corriendo y nos refugiamos en nuestra escalera. Poco después, vimos pasar a tres soldados republicanos y detrás, a cierta distancia, una patrulla de soldados nacionales que, al parecer, los venían hostigando desde el Paseo de Montjuïc.

Al llegar al Paralelo vimos como eran capturados y reducidos con la ayuda de otros soldados que patrullaban por allí. Deducimos que podían haber quedado separados de su batallón, o que eran simples desertores. El caso es que nos salvamos de milagro y nos quedamos sin agua, ya no nos atrevimos a volver a salir.

Otro suceso tuvo lugar en los días previos y a los pocos días de la entrada de los nacionales. Los depósitos comerciales del puerto de Barcelona fueron saqueados por todo tipo de gente hambrienta y pude ver como cerca de casa, en el Paralelo, hombres, mujeres y niños iban cargados con sacos de comestibles, sobre todo lentejas y también aceite.

Desde los depósitos hasta el Paralelo, estaba todo sembrado de sacos abandonados que la policía había obligado a dejar, pero fueron muchos los barceloneses que consiguieron llevarse un buen botín a casa. Las consecuencias del saqueo provocaron registros masivos de la policía, que incautaba lo que podía, aunque no perjudicaba a los que sólo habían cogido pequeñas cantidades. De todas maneras, quién más quién menos, en los días siguientes, pudo comer hasta hartarse y olvidarse del miedo, del hambre, del pan de harina de maíz y de las algarrobas, que en pequeños lotes solían venderse en las cercanías del teatro Arnau, en el Paralelo.

Manuel Pérez Franco
Junio 2006